

MARTINA BARROS DE ORREGO

RECUERDOS DE
MI VIDA

EDITORIAL ORBE

SANTIAGO ————— 1942

Estas han sido, si no las únicas, mis dos principales actividades en materia de beneficencia social. De niña no me ocupé jamás de beneficencia porque no era el hábito que una niña hiciese nada; de mujer recién casada solamente lo hice esporádicamente porque, como me movía en un mundo esencialmente médico—a causa de la profesión de mi marido y de dos de mis hermanos—estaba muy al corriente de la teoría microbiana, que recién se introducía con la exageración consiguiente en la medicina chilena, y tenía un verdadero pavor de traer a mi hogar algún contagio del que pudiesen ser víctimas mis hijos. Este temor se incrementó en mí cuando mi pobre hermano Víctor, por atender a un enfermo de membrana y acariciar a su única hijita Eugenia Barros Lynch, le transmitió el contagio y la vió morir a los pocos días, porque aún no se había descubierto el serum salvador.

La vida social

En los lejanos días de mi juventud, la vida social se hacía en condiciones muy distintas de las que hoy imperan. Todo ha cambiado notablemente en beneficio de las comodidades, de las distraccio-

nes y hasta del trabajo que es hoy, sin duda, más activo; pero la sociabilidad, en el sentido del contacto mútuo que produce la conversación, casi podría decirse que ha desaparecido.

En aquel tiempo se recibía con frecuencia en los hogares y allí se reunían señoras y caballeros a conversar sobre lo que a cada cual le agradaba. Había tertulias políticas, como la de don Domingo Fernández Concha y la de los Amunátegui; tertulias literarias, como la de don José Victorino Lastarria; otras sociales, como la de Barros Arana, Alberto Blest Gana, Marcial González y algunas otras que no conocí. Las políticas y literarias eran de caballeros solamente, pero las tres últimas las frecuenté, por las relaciones de familia y de amistad que me ligaban. En ellas traté a los Matta, los Gallo, los Amunátegui, los Blest Gana, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna, don Victorino Lastarria, don Domingo Santa María, Ambrosio Montt, Vergara Albano y algunos extranjeros ilustres como Domeyko, Phillippi, M. Gay, Courcelle Seneuill, Sarmiento y Mitre que brillaban por su inteligencia y su cultura.

En estas tertulias se conversaba y se escuchaba con placer, pues los que allí se reunían sabían

hablar y siempre abordaban asuntos de interés general. El club ha muerto para nosotras, estas reuniones tan seleccionadas, que contribuyeron poderosamente a nuestra cultura social.

Las señoras también recibían en sus casas y sabían elegir sus tertulios, no para tomar te o jugar bridge, sino para cambiar ideas y comentar las cosas del día. Estas reuniones estimulaban al hombre para lucir sus facultades y a la mujer la inducían a nutrirse de la cultura necesaria para no desmerecer en el concepto de sus tertulios y para mantener el interés en sus recepciones.

Este arte exquisito que se desarrolló en la sociedad parisiense con el concurso brillante de mujeres como Madame de Stael, Delfine Gay, Madame Récamier, tuvo en Chile su repercusión interesante. Varias damas de nuestra Sociedad abrían sus salones constantemente para recibir lo más selecto de nuestro mundo social, y entre éstas la que conocí más íntimamente y frecuenté mucho su salón, fué mi inolvidable amiga Laura Cazotte de Antúnez.

Esta mujer hermosa, con esa belleza que cautiva, supo atraer a su rededor, una pléyade de amigos y admiradores, entre lo más distinguido de

la juventud de entonces, que llenaban sus salones noche a noche, y bien podría aplicarse a ellos la famosa frase con que se designaba en Francia a los admiradores de Mme. Recamier: "Ils ne mourrait pas touts, mais touts étaient frappés". El atractivo de su persona era la luz que iluminaba aquel salón, su distinción exquisita daba el tono a la conversación y su aplauso amable y oportuno estimulaba los esfuerzos de cada uno por despertar interés y merecer su aprobación.

En las reuniones de esa índole se conversaba de todo lo que ocurría que, por cierto, no era escaso, para animar la charla y producir entusiasmo. En el Congreso se debatían asuntos de vital importancia para el país, tratados con elocuencia por los oradores más notables, que producían discusiones acaloradas, pero que se mantenían dentro de un gran refinamiento social. Vivo aún el recuerdo de la lucha ardiente que provocó la reforma del artículo V de la Constitución, para autorizar la libertad de culto y que despertó apasionamientos formidables; se produjo también la del matrimonio civil y la del cementerio laico, no menos agitada; después, la vacunación obligatoria, la guerra con el Perú y, por último, se preparó la

revolución que derrocó a Balmaceda y que tuvo un interés extraordinario. Las señoras asistíamos a las sesiones, aplaudíamos a los oradores desde las tribunas, los felicitábamos después con entusiasmo y compartíamos sus éxitos.

Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores de nota, la "élite" de la inteligencia y la cultura, se encontraba en las reuniones diarias de aquellos salones, y los que no se inclinaban a la política, conversaban sobre teatro, letras, música, etc. La lectura de las últimas novelas que llegaban, daba margen a conversaciones muy amenas, pasando en revista a los autores de moda como Balzac, Víctor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Théophile Gautier, Mérimée, los Goncourt, Sainte Beuve, Alfonse Karr, Alfonse Daudet y otros ya olvidados, que suscitaban hondas discusiones. Se comentaban con calor los problemas que en esas obras se desarrollaban, la verdad y la vida de sus caracteres, los estudios del corazón humano que de ellas se desprendían y la personalidad misma de sus autores. Los poetas españoles nos fascinaban y devorábamos el "Canto a Teresa", de Espronceda; las "Doloras", de Campoamor; los "Poemas", de Núñez de Arce; las

imponderables estrofas de Gustavo A. Bécquer y cada cual tenía su favorito que defendía a rabiar. Entre nuestros poetas leíamos a Guillermo Blest Gana, que nos conmovía, a Eusebio Lillo y Guillermo Matta, que nos arrebatában, a veces, con su entonación patriótica

También despertaban nuestro entusiasmo los grandes oradores sagrados de Francia: Bossuet, Lacordaire, Fénelon, Dupanloup, que alzaban nuestro espíritu a regiones más elevadas. No faltaban tampoco en nuestra patria, sacerdotes que conmovieran con su elocuencia y atrajeran con su prestigio. Recuerdo la palabra acentuada y doctrina severa de don Joaquín Larraín Gandarillas, la ardiente y fervorosa del señor Taforó, la dicción amanerada y elocuente de Monseñor Eyzaguirre, y sobre todo, la palabra persuasiva y conmovedora, cual ninguna, de don Mariano Casanova

El teatro entonces era frecuentado por la más alta sociedad y las principales familias mantenían palco propio en el Municipal, donde las señoras lucían su belleza, su elegancia, sus joyas y recibían a sus amigos en el entreacto, lo que daba vida y animación a la sala, que hoy ha desaparecido con la salida de todos al foyer. Eso avivaba

el interés de la charla social, discutiendo los éxitos de los artistas a la vez que comentando la actuación del auditorio.

Fuera de la ópera que nos hizo gozar de las grandes partituras de Mozart, Meyerbeer, Rossini, Bellini, Donizetti, Verdi, Gounod, Bizet y otros, interpretadas por cantantes de primer orden, tuvimos la suerte de poder gozar, en el arte dramático, de las interpretaciones de grandes artistas como la Ristori, Sarah Bernhardt, Rossi, Salvini, Valero, Calvo, limitándome a los más notables. La Ristori, nos dió el teatro clásico, con Medea y Judith, algunas piezas de Alfieri y de Víctor Hugo; Sarah Bernhardt nos dió el drama francés desde Fedra y Hernani, hasta la inolvidable Margarita Gautier, en la que era eximia, y Teodora, en la que brillaba con todo su esplendor trágico. Rossi nos representó Shakespeare en algunas de sus tragedias, teatro italiano y francés, despertando gran entusiasmo. Salvini nos reveló un Otelso soberbio, con su figura imponente y su alma apasionada y artística. Valero nos dió admirablemente Luis XI, Baltasar de la Avellaneda, El Patriarca del Turia de Eguilaz y otras obras representadas con arte superior. Calvo el teatro clásico español, con gran acierto, y nos hizo conocer los

dramas emocionantes del teatro romántico de Echegaray.

Anualmente se exhibían grandes cuadros de pintura, reuniendo telas que proporcionaban los particulares que las poseían. Recuerdo haber admirado así, una preciosa colección que pertenecía a la Princesa Troubeskoy, otra de Luis Cousiño y la de don Maximiano Errázuriz otra muy hermosa de don Manuel Amunátegui, fuera de las que solían venir del extranjero, como una que expuso el padre de María Guerrero, con magníficas telas originales de Murillo, Pradilla, Fortuny, Van Dyck y otros.

Esto no sólo era educativo para los que se dedicaban al arte, sino que ilustraba a los simples aficionados y daba lugar a críticas instructivas y conversaciones muy agradables.

La prensa recogía todas estas impresiones: políticas, literarias, teatrales y artísticas, y las comentaba en artículos brillantes, apasionados o modestos, que contribuían a mantener y avivar el interés. Además nos imponía del movimiento europeo, tanto literario como político, que entonces atraía poderosamente la atención. El segundo imperio acababa de caer y se recordaban todavía los

ruidosos acontecimientos de esa corte tan brillante, desde las alegres y suntuosas recepciones de las Tullerías y las fiestas de la apertura del Canal de Suez, hasta la tragedia de México y la caída de Sedán.

Con todo esto y lo que omito o he olvidado, es fácil comprender el entusiasmo que reinaba en la sociedad de aquel tiempo y el brillo que imprimía a sus reuniones. La conversación entre personas cultas e inteligentes la estimo como el mayor de los atractivos de la vida social; no sólo instruye y despierta interés, por todo lo que ocurre en el mundo que valga la pena de comentarse, sino que pule y refina el lenguaje y las maneras en sumo grado, sacude las contrariedades y preocupaciones de la vida diaria y levanta el espíritu hacia problemas más elevados. Este era el bien que recogíamos de esas reuniones tan seleccionadas y tan cultas.

Entre grandes hombres

La vida es un kaleidoscopio que no cesa de cambiar a cada instante, sin repetirse jamás. Mis amigos fueron formando, como nosotros, sus pro-